

Amparo Mom

ENTRANDO EN MADRID

Conferencia pronunciada en el Teatro Mitre de la capital en el acto inaugural de las actividades del Grupo España de AIAPE, cuyo producto total fue destinado a beneficio de los intelectuales españoles.

AIAPE. Por la Defensa de la Cultura. Órgano de la Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores. Sección uruguaya, Montevideo, ii, 22 (diciembre de 1938), pp. 12-14.
Debo el conocimiento de este texto a Niall Binns.

Camaradas: El año pasado en el mes de julio, tuve la suerte de poder llegar hasta Madrid. Fui invitada como compañera de Raúl González Tuñón para formar parte de la delegación que iba a España, a realizar en la heroica capital, el Congreso Internacional de Escritores para Defensa de la Cultura. Hace más de un año que pasó todo esto. Sin embargo, a pesar de los miles de acontecimientos que se suceden día a día y de los cambios vertiginosos de esta guerra terrible, creo que debo contar algo de lo que vi en España. Todo lo que está sucediendo allí, tiene un interés permanente. Todo lo que se relate. Desde el coraje y las hazañas sin precedentes de esos hombres, hasta el detalle pequeño del índice de un niño señalando un avión negro.

Cien escritores de todas partes del mundo iban a llegar hasta Madrid para realizar el 3.er [sic] Congreso Internacional para Defensa de la Cultura.

Salimos de un túnel negro y entramos al cielo brillante de España. Desde Cerbère, frontera de Francia, hasta Port-Bou, frontera española, sólo hay dos minutos en un trenecito feo y oscuro.

Port-Bou es un pequeño pueblo alegre que está apretado a la orilla de una pequeñísima bahía. Daban realmente ganas de quedarse allí por mucho tiempo para que el corazón y los nervios descansaran de tanto sufrir por España. Pero, de pronto, dentro de aquella mañana tan alegre y llena de sol, dentro de ese pueblo tan blanco, descubrimos un montón de casas deshechas, descubrimos que todas las casas tenían los vidrios de las ventanas rotos o rasgados, y, más allá, al término de la ancha calle, la boca del refugio, abierto en la misma montaña.

Las mujeres, los viejos y los niños del pueblo se amontonaban al lado de esta cueva. Era necesario estar cerca de ella en todo momento. Todos sabían que los aviones podían llegar en cualquier instante y que las bombas fascistas pretendían cortar el puente para dejar el ferrocarril incomunicado con el resto de Cataluña.

¡Anoche pasaron! ¡Anoche pasaron!, nos decían las mujeres en cuanto nos acercamos al refugio. Pero no había visto aún aviones y sólo la prodigiosa tierra de España estaba ante mi vista. La tierra sagrada de España.

Se recorren trescientos o cuatrocientos kilómetros hasta llegar a Barcelona, por la célebre carretera que costea el Mediterráneo. Todos los campos estaban verdes y los campesinos

trabajando en ellos. Port-Bou, Rosas, Figueras, Gerona, Palamós, San Feliú, Granollers, Mataró y Barcelona.

Pero permitidme que me detenga un punto en Gerona, la ciudad joya de Cataluña. Quiero contar lo que vi, para aquellos que hablan de la furia roja contra la Iglesia.

La ciudad de Gerona, por su arquitectura y sus características, parece una vieja ciudad italiana que conserva, entre otros monumentos de arte, su catedral, que fue construida en el siglo XI. Acompañados por el alcalde de la ciudad, visitamos la catedral y el convento. No recuerdo bien ahora qué comunidad eclesiástica había habitado hasta entonces estos edificios, pero recuerdo exactamente el relato del alcalde sobre la expropiación que el Ayuntamiento hizo, evitando de esa manera los desmanes del pueblo enfurecido por la traición. Se procedió así, cumplido el procedimiento por los milicianos, a desalojar a las monjas del convento. Ciento y pico de monjas que en esa fecha de mi pasaje, estaban recluidas en una casa de campo. La monja superiora, en agradecimiento por el trato que se les había dispensado, entregó el secreto de un tesoro que según ella tenía siglos. Así fue cómo se encontró en una cueva de la catedral un gran saco con barras de oro, millones de pesetas y dos maravillas del siglo XI, dos martirologios. Uno de ellos estaba ante nuestra vista expuesto en la misma catedral y el otro formaba parte de la exposición catalana que en ese momento se realizaba en París. La catedral de Gerona, con su antiquísimo convento, están ahora abiertos, abiertos ante los ojos maravillados del pueblo. Allí se pueden admirar uno por uno todos los tesoros, las obras de arte, que durante siglos les han estado vedados.

Llegamos a Barcelona. Para entonces, Barcelona era la misma ciudad alegre y bulliciosa que habíamos conocido antes de la guerra. Sólo de noche la ciudad permanecía a oscuras, pero la gente por esto no dejaba de andar por las calles, los cines, los teatros y las confiterías.

Seguimos por la carretera hasta Valencia. Siempre atravesando campos verdes, cargados de siembra, en días jubilosos de sol. Entonces era imposible imaginar, concebir la guerra, en esta tierra tan delicadamente verde. Sólo los pueblos que están sobre la costa, los «pueblos abiertos», habían empezado a ser bombardeados y en ellos niños y mujeres, inútilmente, espantosamente muertos.

Valencia soportaba un hacinamiento de gente que daba fiebre. Era terrible el clima de nervios rotos de esa retaguardia de la guerra. Se andaba por las calles y el aire levantado que daban las banderas, los *affiches*, los carteles, los camiones cargados de milicianos cantando, la gente toda, le daba a uno sensación de fiesta, pero al mismo tiempo, algo le decía a uno que esto no era fiesta y entonces se abrían los ojos a esta terrible y magnífica realidad de la lucha.

Recuerdo que al llegar a Valencia la gran escritora alemana Anna Seghers, que venía en la delegación, se nos acercó y nos dijo: «Esto es enervante, parece que en España no hubiera guerra», pero esa misma noche en Valencia, Anna Seghers y todos tuvimos una impresión terrible de la guerra. Mientras dormíamos, un estampido seco nos sacudió. Inmediatamente, la angustiosa alarma que parece un monstruoso grillo enloquecido. Después, durante un cuarto de hora, el estruendo redondo de las bombas y la respuesta continua de los cañones antiaéreos.

Todos corrimos escaleras abajo, a la planta baja del hotel. Todos estábamos juntos y callados. Una mujer de cierta edad se cayó al suelo, rígida. La levantamos y la acostamos sobre la mesa. Junto a nuestro camarada, el comisario político Paredes, le palmoteábamos los muslos a esta pobre mujer, mientras un hilo de sangre le corría por la boca. Se me acercó un viejo y me dijo: «Siempre le pasa lo mismo cuando oye los aviones».

Esto es la guerra, esto es la misma guerra, éste es el primer bombardeo que yo siento, me repetía a mí misma, y era tanto mi asombro, era tan grande y tan importante todo esto, que no tuve tiempo de tener miedo.

A los tres días de nuestra estada en Valencia partíamos en caravana de treinta automóviles, rumbo hacia Madrid. Eran las diez de la mañana.

Quiero contarles ahora una personal impresión de miedo. Mientras estuve en España, pregunté muchas veces a jefes militares, a milicianos y a muchos civiles si tenían miedo. Muchos me contestaron que se habían acostumbrado a todo. Otros me decían que tenían miedo muchas veces de cosas que en realidad no eran peligrosas; y otros muchos me respondieron que no tenían miedo a nada. Creo, por mi corta experiencia de guerra, que lo común es que uno se acostumbre al peligro.

A poco de salir de Valencia, se le ocurre decir a Pablo Neruda, que era uno de nuestros compañeros de automóvil: «Me parece que es una imprudencia viajar en caravana hacia Madrid». Queipo de Llano había hablado por radio la noche anterior y se había ocupado de la delegación de escritores que se dirigía a Madrid (por supuesto, diciendo incendios de todos). De modo que no era nada difícil que pretendieran los rebeldes darnos un susto.

A la hora de andar por la carretera, nuestro *chauffeur* nos dice: «Avión a la vista; en cuanto yo detenga la marcha, Uds. se bajan rápidamente y se tiran boca a tierra». Las indicaciones del caso son las siguientes: cruzar las manos sobre la nuca y permanecer con la boca muy abierta. Las manos sobre la nuca son para preservar el golpe de un pedazo de metralla que sería fatal, y la boca para evitar que se rompan los tímpanos con el estampido de la bomba.

Afortunadamente, el avión desapareció, pero durante dos horas yo sentí lo que se dice vulgarmente y sin darle mucha importancia, que se me pusieron los pelos de punta; sí, camaradas, sentí que cada pelo se me había convertido en una aguja. ¡Para qué decirles que también durante dos horas perdí el habla! Sin embargo, cuando después de ocho horas de viaje ya estábamos en plena zona de Madrid, otro de nuestros compañeros dijo de pronto: «Once aviones a la vista». «No, son veinticinco», le respondió el chófer. Ya atardecía y no podíamos distinguir si los aviones eran rojos o negros. «Cuando yo detenga la marcha, baje rápidamente» –volvió a recomendarnos el conductor–. Pero, cosa extraña, entonces no tuve miedo: miré tranquilamente la tierra que se extendía al lado del camino, buscando el lugar más propicio, más hondo, para en caso de necesidad poderme echar boca a tierra. A medida que avanzábamos el clima de guerra se hacía más denso. Los pueblos y las aldeas de Castilla estaban atestadas de materiales de guerra y sus habitantes, viejos, mujeres y niños, salían a nuestro paso saludándonos con el puño en alto. Antes, cuando se andaba por los pueblos de España –lo

recuerdo perfectamente–, el extranjero y aun los hispano-americanos eran mirados como bichos raros y hasta con cierta hosquedad. Era muy común oír de labios de algún gracioso del pueblo: «Es un franchute», o «es un mister». ¡Esto se lo decían en la cara, aunque oyieran que se hablaba su mismo idioma! Hoy todo esto ha cambiado. Se diría que toda esta España, que vivía demasiado adentro de sus siglos, ha abierto los ojos y que, por primera vez en su antigua y larga vida, mira ahora la verdad del mundo. Hoy las mujeres, los viejos y los niños alzan sus brazos hacia todo hombre que pasa por su pueblo o por su aldea para mirar su terrible y sangrante verdad.

¿Cómo no estar recordando constantemente a estos niños, estas madres, estos ancianos que han despertado de repente y están ahí de pie, en sus pueblos, de pie ahora para mostrarse ante todos los ojos honrados que desfilan ante su dolor?

Ellos mismos corren hacia el extranjero que llega y cada uno muestra su tragedia sencilla y magnífica.

Íbamos nosotros hacia el corazón mismo de Madrid, donde se estaba preparando la gran ofensiva del Ejército leal. Eran las vísperas de la toma de Brunete.

¡Cómo bullía el clima de guerra en cada alto del camino! Allí las huestes de Contreras, Sílices, Villarejo de Salvanés, Motilla del Palancar, y veinte aldeas más que se me confunden. Allí Minglanilla. Todos los camaradas recordarán siempre Minglanilla, ese pueblo en donde de pronto cien voces de niños entonaron una canción de guerra, gritaron una canción de guerra con sus puñitos en alto. Cuando, sorprendidos y ahogados de emoción, nos mezclamos entre esos cien niñitos, nos vimos rodeados por todo el pueblo, siempre ausentes los jóvenes, siempre presentes los viejos, las mujeres y los niños. Las manos de las mujeres nos estrechaban. Sus ojos, ardidos de llorar, estaban húmedos. Los viejos besaban nuestras ropas y todos querían contar la historia de su hijo muerto o hablarnos del otro que estaba en el frente.

«¿Vais a Madrid?» –y unas manos que se alargaban con un montoncito de pan y un escuálido quesillo–. «¡Llevadle esto a Salvador, que está en el frente! ¡Preguntad por él, es un miliciano!». Y los niños que lloraban y gritaban: «¡Viva el ejército del pueblo!», y los viejos que preguntaban: «¿Habéis visto todo? ¿Estáis enterados de todo?».

Ocho horas de marcha interrumpidas a medida que nos íbamos acercando a Madrid, con frecuentes altos para el santo y seña. Sólo esta consigna nos franqueaba el paso: «Salud a los escritores que nos visitan». Ya empezábamos a oír el eco lejano de los cañones. Nuestra marcha cada vez se iba haciendo más lenta al mezclarse con caravanas de camiones cargados de milicianos o de víveres para el frente, con ambulancias, con tanques, con pertrechos de artillería, y de vez en cuando con alegres tartanas llenas de campesinos que regresaban de su trabajo. Porque también pudimos comprobar ese prodigo. ¡Todos los campos de Castilla, hasta en las mismas trincheras, estaban sembrados y verdes! Esto era lo que más nos asombraba al ir entrando en la guerra: los predios sembrados y los campesinos trabajando en ellos.

Ya casi obscurecido llegamos a la casa de los Osuna, convertida ahora en cuartel. Entramos por la gran alameda que se abre después en un parque romántico y antiguo. En el fondo se alza el

gran edificio con sus altas columnas y una inmensa terraza a los costados; contrastando con la gracia de esta célebre casa, dos enormes refugios de cemento que hacen de centinela para los aviones enemigos.

Estábamos fatigados cuando descendimos del automóvil. Recuerdo el jardín, las flores, el fresco vaho que salía de las plantas, el desorden ordenado de los oficiales que andaban de un lado a otro; el encuentro con viejos amigos que habían venido a esperarnos desde Madrid. Después, en los sótanos de la casa, un inmenso salón azul cargado de arañas con cristales y luces muy brillantes; una gran mesa tendida con flores, vinos y licores. El general Miaja debía llegar de un momento a otro, pero no llegó. El salón estaba atestado de gente, fotógrafos, milicianos, comisarios de guerra, generales y una multitud que ignoro de dónde había surgido; todo ello mezclado al ruido sordo y lejano de los cañones.

Recuerdo también que hablábamos con tan extraordinaria excitación que no podíamos serenar el pensamiento. ¡Qué extraño y alucinante era todo eso! Me ocurría lo que en Valencia. Parecía que estábamos en una fiesta, pero al mismo tiempo, no era fiesta todo aquel bullicio y aquellas luces y aquella excitación.

Debíamos, sin embargo, ponernos en marcha pronto para entrar en la ciudad sitiada, antes de las nueve. La consigna en ese sentido era terminante, para nosotros igual que para todos.

De pronto, Madrid. A pesar de la media luz, reconocimos inmediatamente el barrio de Ventas y en seguida la Plaza de Toros. Nuestro automóvil marchaba lentamente a causa del hacinamiento de gente. Había tanta y tanto rumor que parecía una verbena. Y todos repetíamos a media voz con un nudo en la garganta: ¡Madrid! ¡Madrid! ¡Madrid!

Pasamos cuatro noches en Madrid. Cuatro noches que yo pasé con los ojos abiertos y sin ninguna fatiga, oyendo con el corazón el incesante estampido de los obuses que reventaban en el mismo centro de Madrid.

La Alianza de Intelectuales en donde estábamos alojados, tiene un ambiente de hogar y de cordialidad extraordinarios. Por allí andaba el espíritu fervoroso y atento de María Teresa León. Allí estábamos en nuestra casa, en la casa de todos los intelectuales de España y del mundo, que llegan hasta Madrid.

Esta casa antigua y polvorienta que pertenecía a los condes de Heredia y Espínola está abierta, limpia y brillante. Cuidada y protegida hasta en sus objetos más insignificantes, por los verdaderos españoles. Ahora su valiosísima biblioteca, que había permanecido cerrada seguramente por muchos años, pertenece a todos los trabajadores del pensamiento y del espíritu.

Todos los intelectuales que llegan a Madrid van a vivir a la Alianza. Allí estaba el viejo y magnífico escritor Ludwig Renn, general de una de las Brigadas Internacionales. Ludwig Renn, que había alcanzado el grado de capitán en la guerra del catorce, pertenece a una familia alemana noble, acababa de salir de un campo de concentración en Alemania. Cuando apenas empezaba la guerra de España, se alistó en las filas del ejército leal. Cuando lo conocí, él mismo me contó su

admiración por el pueblo español, y me dijo que en esos momentos estaba corriendo los trámites para naturalizarse como ciudadano de España.

Allí estaba Gustavo Regler, pálido y encorvado. Acababa de salir del hospital, en donde estuvo gravemente herido por un obús que estalló en el automóvil cuando volvía del frente de Madrid acompañando al general Luckas, que quedó deshecho por la metralla. El general Luckas era también un gran escritor. Sus restos fueron velados en la Alianza. Su valor, su generosidad y su bondad eran reconocidos por todos. Por esto su muerte entre tantas muertes fue llorada por los que habían aprendido a amarle.

Allí conocí al gran poeta holandés Jef Last. Jef Last, que desde los comienzos de la guerra se había incorporado como soldado en las Brigadas Internacionales, es un muchacho alegre y simpático. Ahora ostentaba en su uniforme los galones de capitán. Sus actos de heroísmo le habían hecho popular en toda la República. Siendo aún soldado en el frente de Madrid, una noche, la víspera del 1.o de Mayo del año pasado, se había ido arrastrando desde su trinchera, recorriendo quinientos metros, hasta la trinchera enemiga y allí mismo había plantado una bandera roja que estuvo flameando ante las narices de los rebeldes durante todo el día 1.o de Mayo. Cuando después de varias horas consiguió regresar a su puesto, lo esperaba su jefe ya con las insignias de su ascenso a capitán.

Muchas anécdotas podrían contarse de todos estos hombres que formaban las Brigadas Internacionales, de los cuales la mayor parte eran intelectuales.

Para llegar hasta La Casa de las Flores, en donde había vivido Pablo Neruda hasta el mes de diciembre de 1936, era necesario entrar en la misma zona de guerra. Un deseo personal y sentimental nos llevaba hacia esa casa. Neruda, que había tenido que abandonarla cuando el enemigo llegó a ultrajar casi sus puertas, y nosotros, un grupo de amigos, queríamos volver a ver esta casa que guardaba recuerdos inolvidables de alegría y de felicidad.

Era necesario abandonar la camioneta que nos había acercado hasta los primeros parapetos y, armados con nuestro salvoconducto, recorrer a pie varias cuadras internándonos en plena ciudad destruida y fortificada. Sentíamos, eso es, sentíamos un gran silencio posado sobre este barrio antes tan bullicioso. De cuando en cuando oímos el ¡tac! seco de alguna bala perdida que llegaba de la Ciudad Universitaria. Y enseguida, allí mismo, alguna ronda de niños jugaba confiadamente detrás de un parapeto de tantos desbordado ya por los leales. Y después, y siempre, el eco redondo y lejano de los cañones.

Llegamos a la Casa de las Flores. Éste era antes parte de un edificio nuevo que formaba un bloque de una manzana. Toda la parte que mira hacia el Este, donde aún estaba la casa de Neruda. Tuvimos que subir siete pisos. No hay un solo departamento que esté sano. Recuerdo que al pasar por el sexto piso abrí una puerta y me encontré con el vacío. Toda una pared había desaparecido. Una cama de bronce con restos de colchón y sábanas todavía, un retrato intacto, un montón de escombros, una cortina que caía de una puerta sin vidrios, y otros objetos sin importancia, adquirían allí una dramaticidad terrible.

Después, el departamento de Neruda, aún con la puerta sellada con el timbre del Consulado de Chile.

Al llegar a la casa nos advirtieron los soldados que no nos asomáramos a las ventanas que dan al oeste porque eran blanco perfecto desde la Ciudad Universitaria. A pesar de la advertencia, algunos de nuestros compañeros tuvieron la osadía de hacerlo y a los pocos momentos se oyó el ¡tac! seco de una bala.

Apresuradamente recogimos una cantidad de libros, los más importantes de la colección magna de Neruda, y algunos objetos de valor abandonados allí desde el mes de diciembre.

Después nos retiramos en silencio. Allí quedaba encerrado, en medio de la guerra, el recuerdo de todos nuestros amigos de España, todos los que ahora están defendiendo heroicamente la causa del pueblo traicionado. Porque, es necesario repetirlo: ni uno solo de los compañeros que formaban parte de ese grupo brillante de la nueva generación de escritores, pintores, escultores, músicos, ni uno solo ha desfallecido en la lucha. Todos volvieron con más afán a ella, porque ya habíamos podido ver, estremecernos en la realidad.

Allí, en casa de nuestro gran camarada Pablo Neruda, quedaba también encerrada la luz ardiente que ha dejado Federico García Lorca. Su reflejo poderoso nimba, más ahora, los rostros ansiosos de los que le conocimos.

Caminar por Madrid, por la mañana, la tarde o la noche, era entonces comprobar a cada paso el heroísmo de un pueblo que no se rendirá jamás. La Gran Vía, que ahora es llamada por los madrileños Avenida de los Obuses; la Puerta del Sol, con sus casas vaciadas; la calle de Alcalá, la Cibeles, y el célebre edificio de la Telefónica, estaban allí a pesar de la metralla que caía constantemente. ¡Ah, qué alegría tenía entonces y seguirá todavía teniendo Madrid, a pesar de su martirio y de su hambre! ¡Madrid, ahora la ciudad más importante del mundo! Porque ésta es la verdad: para-petada y defendida por la técnica más moderna y los mejores soldados, hace alegres sus noches y sus días, porque Madrid sabe que ¡el enemigo nunca pasará!

Aznar Soler, M. (Ed.). (2018). *Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (València-Madrid-Barcelona-París): Actas, discursos, memorias, testimonios, textos marginales y apéndices*. Ed. Alfons el Magnànim.